

TAMPA y CAYO HUESO

ORACION DE JOSÉ MARTI EN HARDMAN HALL.

NEW YORK, el 17 de Febrero de 1892.

¡CAYO HUESO!
¡Júbilo, mezclado de zozobra, del explorador que andaba bajo la tierra áspera y revuelta el oro puro, el explorador que anunció el hallazgo á los compañeros que se iban á medio camino, no puede compararse con el júbilo del que vuelve ante los que le ayudaron á confiar, con las manos llenas de oro. De oro sin mancha, porque fuera de aquí no he hallado una sola mancha, traigo llenas las manos. Y aun tiemblo de la dicha de haber visto la mayor suma de virtud que me haya sido dado ver entre los hombres,—en los hombres de mi patria. Lo que tengo que decir, antes de que se me apague la voz y mi corazón cese de latir en este mundo, es que mi patria posee todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad. Y si hay alcalde mayor ó escribiente que lo dude, le enseñaré aquellas ciudades levantadas en libre discusión por las fuerzas más variadas y desiguales que sobre la Peña y las arenas han ido echando la guerra y la miseria y la dignidad; le enseñaré la casa del pueblo, que todo el pueblo paga y administra, y donde el pueblo entero se educa y se reúne; le enseñaré aquellos talleres donde los hombres, poniendo la vida real de margen á los libros, practican la política, que es el estudio de los intereses públicos, en el trabajo que la sana y la modera, y en la verdad que le pone pie firme; le enseñaré aquellas casitas sencillas y felices, con tanta luz y tanta sonrisa y tanta rosa, donde la recién casada recibe á su trabajador con el niño en los brazos, y de testigos los libros del estante y los retratos de los héroes,—aquellas casas que tienen dos pisos, uno para la familia que trabaja, y otro para los cubanos desamparados; aquellas familias le enseñaré, que cuando la tibieza pública deja caer un club patriótico, á la casa se llevan el estandarte, y con la casa sigue vivo el club; le enseñaré aquellos niños, sin cuello y sin chaleco, que se abrazan llorando al viajero desconocido: “¡acuérdate de mí, que quiero prender!”; le enseñaré aquellos ancianos que dieron su fortuna primera, y una fortuna más, y sus hijos luego, á la idea de ver libre su país, y ya de rodillas en la tierra que se abre para recibirlos, alzan el cuerpo sobre el brazo moribundo, y dicen: “¡Te adoro, oh patria!”

¡Mi alegría es mayor porque el levantamiento admirable de espíritus que me ha sido dado ver, el jubileo de corazones que se declaró de sí mismo y que no parece que esté en temple de acabar, el acuerdo grandioso y conmovedor de los cubanos escarmentados y libres, no fué la obra de ese entusiasmo pasajero, y á la larga más dañoso que útil, por la persona única de quien en ocasiones parece depender el triunfo,—ni fué atraído, con lenta habilidad, por aquella ambición que va buscándose, en la cautela de la sombra, amigos personales, y cultiva el poder asiduamente con la lisonja fina y las mieles del trato—sino que se mostró, con ocasión de un hombre recogido en sí, en el instante en que el desinterés y sagacidad honrada que se le supone, y la obra ancha y unida que predica, parecen ser las que ordena el país á los que tratan de salvarlo. ¡Ni una palabra habló ó escribió el viajero en solicitud, directa ó indirecta, de esta demostración y convenio de las almas,—ni una palabra escribirá ó dirá jamás para sostener, por medio de la discusión ó de la intriga, el crédito que en él se ha querido poner, no como premio de lo poco que ha hecho, sino como modo de decirle hasta donde ha de ir, para que la ignominia sea igual al honor, si se tuerce ó flaquea antes de acabar la jornada!

¡Y aquel convite de Tampa primero, que fué de veras como el grito del águila, y aquel sencillo comité del Cayo, que ya á la hora de llegar había prendido en el pueblo todo generoso, y á los pocos instantes, sin el empleo de una sola de las artes usuales del hombre, era abrazo y ternura de manera que los que no se hablaban ayer seguían de brazo por la calle en que se hallaban, y una extraña oratoria poseía, rebosante y soberbia, la lengua de los hombres, y se decían los hombres uno á otro hermanos é hijos? ¿Era virtud del hombre silencioso que deja sola á la verdad, sin calzarla ni empujarla con servicios ó convenios ó carteos ó lisonjas, porque si es verdad, sola se ha de amparar y ha de vencer, y si no es verdad, no se le debe buscar amparo? ¿Era magia de un viajero sin fuerzas y sin voz, cuidado ya, como en anuncio y promesa, con el cariño con que los compañeros de batalla se atienden en los campamentos? ¿El adversario mismo venía de amistad, porque volvía á ver que la guerra de Cuba no tendrá que ser, ni quiere ser, la obra del odio contra el padre honrado de hijos cubanos, ni el esposo bueno de la mujer cubana, sino la manera de poner á Cuba en condición de

que pueda en ella vivir feliz el hombre! Y aquellos rumores de talleres que se engalanaban, de palmeras que se quedaban sin penacho, de trabajadoras que deliberaban sobre un tierno presente, de voces nuevas que aprendían del abuelo lleno de cicatrices el saludo de la fe ó la música de la guerra ¿eran tributo, indigno de quienes lo ofrecían y de quien lo recibiese, á un hombre que sólo la poca vida que le resta puede dar,—y no es de aquellos que se ponen de pie sobre la patria, ó á espaldas de la patria, á buscar prosélitos con quienes repartir el poder, como quien paga intereses de suma recibida, ó cumple con su parte de contrato,—sino de aquellos que con su justicia han podido ganar respeto suficiente para ayudar á su patria al triunfo, y quedarse lejos de él, si le alcanza la vida, cuando para mantenerse llegue la hora, que en las sociedades de hombres llega siempre, de las complicidades y de las componendas? No era el acatamiento bochornoso á un hombre en quien sólo se aplaudía el levísimo anuncio de aquella fuerza tenaz de amor, y aquella vigilancia é indulgencia por donde se podrá salvar definitivamente un país que aspira á la libertad con una población educada sin ella; ni la escena amarga de un pueblo que se fia á un voceador espasmódico, ó á un dueño disimulado: ¡por que cosas tristes puedo yo concebir, pero no he podido concebir todavía á un cubano abyecto. ¿Los hay? ¡no los puede haber! ¡y no sé si vale la pena de vivir, después de que el país donde se nació decide darse un amo!

Era aquel un impulso tan espontáneo de virtud en un pueblo á quien se supone escaso de ella, que sólo un político mezquino, teneroso de que la tacha de vano pudiera dañar los propósitos de su ambición, hubiera sobrepuesto el interés previsor al deber de contemplar con respeto y cariño la demostración que el pueblo hacía de las virtudes que le niegan: ¡sólo el cobarde se preferirá á su pueblo; y el que lo ama, se le somete! ¡Mayor hubiera sido el arranque, que en lo humano no puede ser más; y mayor hubiera sido la obligación de someterse á él; porque así era más la prueba que daba el pueblo, en la hora de la necesidad, de las condiciones de desinterés y concordia y de acatamiento y prevision y republicanismo que en la hora necesaria! ¡Para canijos, la enfermería! ¡Y si se ha de sacrificar el desamor honroso de la ostentación pública, se le sacrifica, que la vida vale más y se la sacrifica también! Póngase el nombre de alfombra de su pueblo!

Yo bien se lo que fué. Yo amo con pasión la dignidad humana. Yo muero del afán de ver á mi tierra en pie. Yo sufro, como de un crimen, de cada día que tardamos en enseñarnos todos juntos á ella. Yo conozco la pujanza que necesitamos para echar al mar nuestra esclavitud, y sé donde está la pujanza. Yo aborrezco la elocuencia inútil. Fué que los hombres, necesitados del consuelo y justicia que buscan en la libertad, saludaban el consuelo y la justicia en quien no les ha dado hasta hoy prueba alguna de buscar su adelanto y provecho en la fatiga de la patria, sino el adelanto y provecho de todos. Fué que un pueblo en que el exceso de odio ha hecho más viva que en pueblo alguno la necesidad del amor, entiende y proclama que por el amor, sincero y continuo, han de resolverse, y si no, no se han de resolver,—los problemas que ha anudado el odio. Fué que el alma cubana, preparada por su propia naturaleza y por la guerra y por el destierro para su libre ejercicio en la república, creía reconocerse, y así la ocasión de publicarse, en quien no quiere para su tierra remedos de tierra agena, ni república de antifaz, sino el orden seguro y la paz equitativa, por el pleno respeto al ejercicio legítimo de toda el alma cubana. Fué que las semillas de la sombra daban flor:—y de sí misma y sin convenios artificiales,—en los momentos en que la isla española se desmigaja y derrumba; en los momentos en que los mismos héroes desconsolados se suelen doler de la tentativa,—á la vez política y sentimental, que fracasó porque no estuvo á nivel de los arranques del sentimiento la organización de la política; en los momentos en que los patriotas fantásticos, y de mera arrancada, pudiesen creer que el alma de Cuba fué como flor de aroma, que se entreabre un instante, y se desvaneceluego al viento,—surge, una desde Cayo Hueso á New York, el alma cubana, libre de los vicios que parecía incurribles en ella, fuerte con las virtudes de energía y cautela y concordia que no le pueden conocer los que en vano la buscan donde el pensamiento se sienta á la mesa de los boquerones y de la manzanilla, y el genio mismo tiene que partir con la desvergüenza el pedazo de pan. Fué que hemos cumplido la promesa que en los doce años de

labor veníamos empeñando al país, que hemos vigilado desde la oscuridad, que hemos deshecho y rehecho, que hemos purgado y renovado, y cuando la patria, á despecho de sus agoreros, se palpa el corazón, cualesquiera que sean las llagas del cuerpo y el corte del vestido, el corazón está sano!

En la niñez, cuando le nace al corazón ingenuo la flor primera de la maravilla, y la educación necia nos aparta, en Cuba como en todas partes, de la joyería viva del jardín, y el templo grave y solemne de la naturaleza, póstrase el alma de admiración y poesía al oír en la iglesia, que rehuirá después, resonar, por entre las arañas que remedan los lumineros del cielo, y las cortinas que imitan los caprichos que borda en las nubes el sol, las notas que parecen cerperse por las naves pomposas como bandadas de almas. Y el viajero sorprendido por la puesta de la luz en la cumbre del monte, olvida atónito un momento el afán y el pecado de la vida, y rodeado de llamas se sumerge en el himno glorioso de la naturaleza:—¡pues digo que jamás tuve un goce tan puro, y de tan íntima majestad, como entre los míos, entre mis cubanos, entre mis guerreros y mis ancianos y mis trabajadores:—jamás, ni en la iglesia de niño, ni en la cumbre del monte!

La madrugada iba ya á ser—¡bien lo recuerdo!—cuando el tren que llevaba á un hombre invencible, porque no lo ha abandonado jamás la fé en la virtud de su país, arribó, bajo lluvia tenaz, á la estación donde le dió la mano, como si le diera el alma, un amigo,—nuevo y ya inolvidable,—que descansó junto al arroyo al lado de Gutierrez, que oyó á Joaquín Palma en las veladas de la selva, que montó á caballo al lado de Castillo. No se hablaban los hombres, de tanto como se decían. La casa de la patria estaba henchida de leales. Ceñían las columnas embanderadas orlas de pinos nuevos. Lució el sol, y con él el amor inusitado, los conocimientos súbitos, el deleite de verse juntos en el amanecer de la época nueva, el orgullo de mostrar y de ver la familia dichosa,—el liceo con sus lujos—el consejero que va y viene, poniendo bálsamo donde quiera que ve herida, y libros y periódicos y lecciones en la mesa atenta del trabajador,—el orador que arranca á su grandiosa natural la elocuencia más fiera y entrañable que puede oír la tribuna;—el médico que olvida, en la casa que con su labor le compró á su compañera, la pompa de París;—el petimetre redimido que enseña con orgullo, en el respeto de todos y en su hogar holgado, su obra fuerte de hombre;—el artesano elegante y caballeresco, fuente de amor y ejemplo de la juventud, que estuviera bien en la más pulcra sala;—el guerrillero de poco hablar, fuerte por la bondad y por el brazo, que con la mano que guió al potro por los bosques lleva á sus hijos, camino del trabajo, á la mejor escuela;—el criollo enamorado, verboso y meliflúo, que se da entero á los que acatan la justicia, y se resuelve temible contra los que la niegan;—el niño que va, vestido como de fiesta, á la mesa del oficio, donde asoma entre el cuchillo y los recortes, la poesía que acaba de hacer, ó su libro de cuentos, ó su libro de física;—y la anciana del taller, que del trabajo de sus manos sustenta en los castillos á los presos de la patria, y en el hospital á sus enfermos, y con la pluma elocuentísima flagela ó aconseja, como modo de descansar, á los que le parece que no le aman la patria según se debe, desde aquel cuarto blanco suyo con la mesita de pino, y las cortinas como de novia cuidadas y el vaso lleno siempre de madreselvas. ¿Hubo en Tampa disensiones algún día, ó modos diversos de pensar sobre la urgencia de levantarse al fin, con un espíritu y un brazo, todos los que quieren ordenar con tiempo la salvación del país? ¡Lo que sé es que en tres días de belleza moral inmaculada no se vió mano encogida, ni reserva enconosa, ni celos de capitanes ni aquellos comercios abominables que suele ofrecer el patriotismo puro el anhelo de la autoridad,—sino fiesta increíble, en que se fundían los hombres! Y cuando el viajero, con aquella grandeza ennoblecida, volvió los ojos al decir adiós, los ojos inseguros, ni campos diversos ni rivales ni perezosos ni descarriados vió, sino un pueblo, sembrado de antorchas, detrás de la bandera única de la patria!

La tarde era—bien lo recuerdo—cuando un vapor, engalanado por el respeto extranjero, que sabe á veces más del porvenir que el respeto propio, iba serenando sobre el mar azul la marcha que lo acercaba á un muelle rebosante. De oro era el aire, y chispeaban, como combatiéndose, los rayos de sol. ¿Y es de otros aquella isla, labrada y hermozada por el esfuerzo cubano? ¿Y no cargaremos con ella, como nuestra alma invencible que ha sido, y nos

clavaremos al costado, para monumento de sus fundadores, y objeto de nuestra justa admiración? Ni mucetas ni diplomas me admiran tanto como el poder de crear, con los retazos de un pueblo de amos y de siervos que fué echando la casualidad sobre la roca, un pueblo que pecho á pecho hizo el mar el crimen con que lo envenenaban, y levantó su ayuda ni modelo, donde los que le hubieran podido servir de ejemplo nada habían levantado, la casa de trabajo en que viven en paz, con la franqueza y energía del pecho libre, los hombres de raza y de condiciones diferentes que un sistema de odio había estado para esclavos. Pero ¿era sólo á aquella fiesta, adonde iba el viajero,—¿era sólo á aquellas vecinas, donde los muertos desfilaban cuando se iba el caballo...? Por el portón de la casa, henchido de cabezas, salía el estandarte patrio.

Y al día siguiente, entró un viajero enfermo un patriarca ya podía verse sin deseos de morir se distingue en la paz por su guerra brilló por el valor, y sabe lo que es quebrar, ni desva á la patria: y en nombre ranos del lugar, ni á discor reparos dijeron que venían, síe boca sentenciosa del anciano, que alma entre los cubanos que nbe país. ¡Ya no habla el que h están solos los robles de su ca la gloria sobre la sepultura!

...Abrieron los brazos al reo por el puntillo humano, ó por la distancia, ó por los desvíos q imprevisora, la época anterior, á mero convidado de un grupo ó al transeunte pedantesco que viera de los padres gloriosos de que de Tampa arrancó, y allí en una hoja de yerba ó en un Cuba irá á terminar! “Yo decía en junta solemne un e frutos de su comercio le pon y en las batallas de la vida adolescencia heroica, “yo s grama que firmamos está la ind Y el pobre y el rico, y el cuba el cubano de padres europeos, de la guerra y el periodista cion, y el que cree bien las se cree que de otro modo estarí pedían poner la firma al prog banos, de los cubanos de aña cubanos de ayer y de mañana ran ó maltratan de buena fe mente de sus errores: y proclav en una vida ya larga de labor hombres reales y de propio peo dosy de voluntad poco llevar á á la reverencia y ternura junta de cubanos. Aun la te con ella á los que cree cubana hay como un dueno peregrina y criolla composi todas las malas prendas y s los que por ignorancia sup renne del hombre, ó carenc que pone el juicio en la per por tacha ingénita del caract cultud que los hombres en t para avenir sus ideales y p vieron, en sus tres días de la tricios donde,—al discutir lío días de coronar en el país la organizar á los cubanos en acción energética, secreta y resp partidos ejecutivos de guerra partidos deliberantes de paz, revolucionarias de manera ajusten á su composición tribuya en relacion est en un código revoluc cresa, cuantas reas desconfianza ó pa no se levantó la palabra ree liberaciones, bu llos hombres pondrá que vió crec guerra como

á quien no iba á poner la mano en ella, y los congregados en pié, como cuando lo sublime pasa!

¿Y cómo recordará la gratitud, cómo podrá recordar la reverencia, sin que parezca exageración ó vanagloria, aquel día patrio que duró cuatro días, aquel triunfo de la idea nueva entre pabellones y entre palmas, aquel paseo del convidado de la juventud por la academia de los talleres, y los nidos felices de nuestro trabajo, y la casa de los huérfanos y de las viudas de la patria? ¿Cómo podrá el convidado, sin parecer lisonjero, decir, donde no se oiga, que le acompañó, en aquella cohorte de jóvenes, todo el mérito humano; que el ojo triste y sagaz de quien conoce los bastidores de la vida, y los titeres de la virtud, no pudo descubrir, en días en que iban las almas desarmadas y desnudas, un ápice siquiera de la pasión de mando ó de notoriedad, rayana á veces en el mismo crimen, que suele cabecear disimulada bajo los impetus simpáticos del patriotismo? Vacíase unos en otros, como los metales afines que van ligando la joya en el crisol, fué, en competencia donde todos fueron vencedores, el afán de aquella juventud apostólica, de aquellos médicos frustrados que de la universidad tiránica de la colonia subieron de estudios, á la universidad más cierta de la vida; de aquellos letrados en ciernes que, por la picadura de la dignidad, prefirieron al bufete exangüe de los dominadores la mesa viril donde no mancha el pan la mentira ni el soborno; de aquellos graduados del taller, lectores asiduos de historia y de filosofía, que en el correr de la velada, sin el tocado de la preparación ni los avalorios y moños de la conferencia, discurren, como en ateneo de verdades, sobre el derecho y la belleza por donde el mundo es bueno, y los planes y modos por donde el hombre aspira á mejorarlo. Una hoguera y un juramento es toda aquella juventud, no criada como otra á alpiste ageno, sino al valiente esfuerzo de su brazo. ¡El trastorno y poder de la batalla embellecían á la cohorte impaciente, cuando detrás de la bandera misteriosa que asomó sin cesar en los manos de un niño, detrás del caballo de aviso, negro como la cerrazón del cielo y con la plata del armés echando luz, acudía con el viajero enamorado á los talleres á que el concurso religioso, en las galas todas de la más fina cultura, daba elegancia y aire de liceo! ¡El trabajo: ése es el pié del libro! La juventud, humillada la cabeza, oía piafante, como una orden de combatir, los entrañables aplausos! ¡Uno eran las banderas y las palmas y el gentío! Niñas allí, con rosas en las manos; mozos, ansiosos; las madres, levantando á sus hijos; los viejos, llorando á hilos, con sus caras curtidas. Iba el alma y venía, como pujante marejada. ¡Patria, la mar se hincha...! La tribuna, avanzada de la libertad, se alzaba de entre las cabezas, orlada por los retratos de los héroes. Rifles que vibran pelca deban guardia al camagüeyano que no muere: ¡allí era otra vez su palabra gigantesca, aquella que tenía él cuando arengaba á sus soldados, con el bosque de escenario y de tribuna los estribos: allí era otra vez, en los labios de todos, su consejo de ordenar, y su vehemente censura del delito de impedir,—con los pretextos familiares á aquel patriotismo tan semejante á la traición,—la guía sana y enérgica de la libertad, y el arranque seguro de sus fuerzas todas, que sólo combaten los que en el sagrado de la patria buscan, ántes que el bien público y el decoro del hombre, su autoridad ó su provecho. ¡Bandera fué el pueblo entero, por entre una calle y otra vió la comitiva á los niños blancos y negros apiñados á la puerta de la escuela, cuando rendida el alma de dicha patriótica, iba camino del último taller, tras la bandera, en las manos del niño misterioso, tras el caballo, que parecía preferir el rumbo de la mar!

No en sí pensaba, en Tampa ni en Cayo Hueso el viajero feliz, aunque lo rindiese la dicha del agradecimiento, ni tomaba aquellas festividades como

mérito propio y cúspide de su fortuna; sino como anuncio de lo que puede ser el alma cubana cuando el amor la inspira y guía. Ni le escondía aquel pórico embanderado el camino de tinieblas que han de poblar los ayes que acompañan, en el misterio materno, el nacimiento de la libertad. Ni en escarceos indignos oratorios iba pensando aquél que á cada paso era sorprendido por tales pruebas de la grandeza del corazón de su país, que á la oratoria más osada hicieran enmudecer, y á la más peripuesta le hubieran aventado los perejiles, y solo dejaban paso á un silencio que caía sobre los hombros como una investidura. ¡La armadura se veía bajar del cielo, y el ritual lo leía la patria en la sombra, y las mujeres volvían á dar al hombre la caballería, y juraba el hombre llevar mientras viviese el acero cosido á la muñeca, el acero de que se fabrican á la vez las plumas y las espadas! Ni de nada hubiesen valido las oratorias aprendidas, ni aquellas frases bataneadas y traspuestas, y redondas á fuerza de fuelle, con que los narcisos de la elocuencia se encaran con los rivales y emociones comunes: porque á aquellos tablados del taller, alzados á porfía con las dádivas sobrantes de los obreros entusiastas, y clavados por sus manos trabajadoras — como símbolo de que la tribuna de la verdad se mantendrá siempre, cuando todas las demás tribunas caigan, por la fuerza y la fé de los hijos del trabajo; á aquellos tablados prendidos con los colores de nuestro corazón por las compañeras que no nos echan en cara las virtudes que prefieren á la comodidad sin la honra; á aquellos tablados subían, con la luz del instante, y un discurso como ungido y angélico, los hombres que han adornado, con cultura que pocos les conocen, la sana verdad que descubren por sí en los ajustes y durezas de la vida, y sale fluyendo de sus labios en estrofas de límpida hermosura, en imágenes nuevas y felices, en ideas sagaces y esenciales, y en torrentes de aquella hermandad que no he de sufrir que nadie me le niegue á la ejemplar alma cubana. ¡Otros hablen de castas y de odios, que yo no oí en aquellos talleres sino la elocuencia que funda los pueblos, y enciende y mejora las almas, y escala las alturas y rellena los fosos, y adorna las academias y los parlamentos! Esos han sido los comicios verdaderos, y no otros falsos á donde iban nuestros compatriotas, de medio corazón, á la batalla inútil. Esa es la liza diaria y libre donde ha continuado cumpliéndose, — aunque no quieran verlo los que miran demasiado en sí, ó han vivido donde no está la verdad, ó tachan de vano cuanto no les place, ó por inveterada hinchazón propia no hallan espacio en el mundo para lo ageno, — aquella concordia creciente de nuestros factores burdos y hostiles que en la guerra útil é indispensable se comenzaron á fundir, y han continuado conociéndose y apretándose en la miseria bajo la tiranía, y en la fatiga creadora del destierro. Los pueblos, como los volcanes, se labran en la sombra, donde solo ciertos ojos los ven; y en un día brotan hechos, coronados de fuego y con los flancos jadeantes, y arrastran á la cumbre á los disertos y apacibles de este mundo, que niegan todo lo que no desean, y no saben del volcan hasta que no lo tienen encima. ¡Lo mejor es estar en las entrañas, y subir con él!

En las entrañas es donde he oído paipitar ese corazón de amor que manaba grandezas y ternuras por los labios de aquellos que en el dolor de la vida hubieran podido aprender, si no llevaran en sí la majestad é independencia de cubanos que llevan, aquellos odios de rincón con que el hombre en los países menos generosos y altivos, deponen, por los problemas menores de su oficio, su autoridad y obligación en la tarea de edificar y mantener el pueblo que á todos los contiene, y á todos los aflige con su ruina ó con su abundancia los sustenta. ¡Caballeros de la verdad y la palabra humana, y casacas de la virtud, y magníficos cuelliparados del patriotismo eran

aquellos hombres, de cuello alto ó bajo, que de la tribuna se asían como de su dominio natural, y proclamaban en ella que la política, ó modo de hacer felices á los pueblos, es el deber y el interés primero de quien aspira á ser feliz, y entiende que no lo puede ni merecer quien no contribuya á la felicidad de los demás; que la política, ó arte de ordenar los elementos de un pueblo para la victoria, es la primer necesidad de las guerras que quieren vencer: y las que no quieren vencer, sino corretear y rendirse, ésas no lleven plan ni espíritu, que es no llevar política. Proclaman que en la casa de la patria, ni el derecho se ha de mermar, ni se ha de exagerar, y que, por la nobleza peculiar criolla, y aquella alma común que crían los hombres en lo verdadero de la vida, estarán juntos en la hora del sosiego los que juntos se han defendido de la tempestad. Eran brazos abiertos las palabras aquellas; y la elocuencia, aún en los labios vírgenes, era profecía y unción. Se derramaban las almas, y en los corazones de los cubanos presidia, como preside su efigie la escuela y el hogar, aquel que supo echar semilla ántes que ponerse á cortar hojas, aquel que habló para encender y predicó la panacea de la piedad, aquel maestro de ojos hondos que redujo á las formas de su tiempo, con sacrificio insigne y no bien entendido aún, la soberbia alma criolla que le ponía la mano á temblar á cada injuria patria, y le inundaba de fuego mal sujeto la pupila húmeda de ternura. ¡Yo no ví casa ni tribuna, en el Cayo ni en Tampa, sin el retrato de José de la Luz y Caballero!... Otros amen a ira y la tiranía. El cubano es capaz del amor, que hace perdurable la libertad.

A mí, demagogo me podrán decir, porque—sin miedo á los demagogos verdaderos, que son los que se niegan á reconocer la virtud de unos por halagar la soberbia de otros—creo á mí pueblo capaz de construir sobre los restos de una mala colonia una buena república. Demagogo me podrán decir un felino cualquiera, ó cualquier alma alquilona, de esas que no va y viene sino donde hay gala y reparto; porque es moda, del enemigo sin duda, tachar de demagogo á quien procure, por la unión y el roce libre de todas sus fuerzas, señalar á la patria de la demagogia verdadera, de los oportunistas que pululan entre los pobres como entre los ricos, de los segundos, brillantes ó rastroseros, que se pasan la vida de salario, y gustan más de la compañía de quien lo paga que de la de quien lo gana. Quien crea, ama al que crea: y sólo desdena á los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdenarse á sí propio. Demagogo me digan, que Madrid y nuestros mirloneños algo han de decir; pero público que allí he visto al que vende de mañana sus lencerías, guiando el carro de su comercio por las calles alegres, citar de puerta en puerta, con los ojos de creador, para la junta donde se ha de defender una libertad, ó para la fiesta donde van á espantar unidos el ánimo los obreros y los que los emplean—al que recibe en sus brazos el cadáver del amigo, y se lleva á su hogar al padre solo, y lo mimaba ó venera como a padre, — al que al a mesa del taller enrolla la hoja del tabaco, y escribe versos próceres, ó párrafos de fuego y pedrería, en la mesa augusta de su casa;—al que lee á los obreros, de patria y de moderación, á la hora del oficio, con voz que ni lisonjea ni se vende, y cierra el libro ageno para leer del propio suyo, de la majestad silenciosa de su vida oscura, con oratoria que es llama y sentencia, y patriotismo caldeado á hierro blanco;— el artesano endeble, niño aún de cabeza apolinea, que sube á la tribuna, y baja con la gloria;— al mozo de la universidad y la riqueza, á quien el padre, al caer por su país, legó la casa desamparada, la casa criolla de toda la familia, y con los libros de almohada, y la casa del brazo, se vino al decoro del destierro á levantar su tienda de trabajador;— á la enfermera de la guerra, aun no cansada de curar, que va á ver al enfermo forastero con el chal

que le ganó el hijo en el último ataque, blanco el vestido como la niñez de su alma, y el chal azul;— al bravo de diez años que en la fiesta, toda de luz, conque honra á la visita, muestra orgulloso la casa de sus esfuerzos, que por dentro y por fuera no es más que un jardín, habla de la abundancia de su pecho, como fino orador, y llama al coro del piano á los ocho hijos, que cantan la música de guerra que compuso el padre: ¡y si se olvida una estrofa, la apunta la madre impaciente, que estuvo en la guerra los diez años!— ¡El niño levanta al cielo el clarín en que lo ensaya el padre, y la mujer de Cuba no ha olvidado todavía el modo de ceñir el machete á su esposo, en la casa de palmas! Unos chocan las copas, en el último espasmo del festín: ¡y otros las rompen! ¡Demagogo me digan; pero yo vengo de ver, en la ciudad que nuestros años cubrieron con todos los vicios de la servidumbre, la práctica arraigada y continua de todas las virtudes indispensables para la fundación y el goce de la libertad!

Para proclamarlo estamos aquí, porque desde la angustia del país es necesario que se vea por donde vienen, y de qué luz se guían, los que están de marcha ¡de marcha final! para rescatarlo. Para eso estamos aquí, y para decir que le cumplimos á la patria lo que le teníamos ofrecido, y que en la hora en que las fuerzas disueltas que luchan fuera de la realidad echan las manos al cielo, y se entran despavoridas por los bosques, los bosques no estarán solos, porque nosotros los tendremos poblados!

Vano sería el júbilo evangélico que parece poseer, como por consejo superior á la mera prevision del hombre, á los que anhelan con el espíritu puro la dicha de la patria; vana sería la capacidad criolla para levantar en arenas y peñones asilo digno del ideal recobrado ya de sus primeras heridas, y pronto á bregar sin rencor con los obstáculos de afuera y con los que la historia inevitable le pone en sí; vano sería este encendido amor del corazón cubano que, por la armonía y abundancia con que se reflejan en él las de nuestra naturaleza, une en concordia las corrientes que suelen ir apartadas ó encontradas en los hombres: porque ni el júbilo del deseo, ni la viveza de la inteligencia, ni la bondad del alma son fuerzas bastantes para aspirar con éxito á la formación de un pueblo,—sino la capacidad de ordenar á tiempo los elementos indispensables para la victoria.

¡Y el vapor embanderado, y los talleres henchidos, y los enemigos que se abrazan, y el caballo caracolador, serían mera espuma de mar muerto, últimos restos de un naufragio ilustre, si hoy que viene el aviso de nuestras entrañas y baja la voz de lo que está por encima de nuestras cabezas; hoy que algo nos empuja á unos en brazos de otros, como cuando avisa la centinela, y los valientes de ciudades corren á las armas; hoy que como en un momento histórico se arrojan todas las pequeñeces de la preparación, todas las debilidades del aislamiento, todas las reservas de la antipatía, todas las diferencias de la distancia, y por un fuego ruminador se funden y consumen, para que no se vea de lejos más que la llamada,—¿usaremos nuestra libertad para disponer con tiempo y grandeza el modo de servir á la patria infeliz, ó mereceremos el estigma de la historia por no haber unido nuestras fuerzas con el empuje necesario para salvarlas? ¡Estas citas que nos estamos dando á un tiempo, este abrazo de los hombres que ayer no se conocían, esta miel de ternura y arrebató místico en que se están como derritiendo los corazones, y este arranque brioso de las virtudes más difíciles, que hacen apetecible y envidiable el nombre de cubano, dicen que hemos juntado á tiempo nuestras fuerzas, que en Tampa aletea el águila, y en Cayo Hueso brilla el sol, y en New York da luz la nieve,— y que la historia no nos ha de declarar culpables!

Suplemento al Número 1 14 de marzo de 1892



Títulos en este número

De José Martí

Tampa y Cayo Hueso. Oración de José Martí en Hardman Hall New York, el 17 de febrero de 1892 IV, 293-306